



EL ATENTADO DE ARNULFO ARROYO.

EL primer atentado en contra de un gobernante mexicano, se registró en esta ciudad el 16 de septiembre de 1897. El general Díaz, acompañado de sus ministros y de los miembros de su Estado Mayor, se dirigía a la Alameda para asistir a las ceremonias que se iban a efectuar en ese sitio con motivo de las fiestas de la patria. Poco antes de entrar a la Alameda, en la antigua calle llamada entonces del Puente de San Francisco, se acercó un hombre sin arma alguna al Presidente de la República, y le dió con la mano un golpe en la cabeza.

La confusión fué indescriptible. En el acto se procedió a aprehender a ese hombre. El general Díaz se inclinó a recoger

su sombrero, y le recomendó a don Manuel González Cosío que diera instrucciones para que el autor del atentado fuera conducido a un lugar seguro, donde se le interrogara acerca de los móviles del frustrado crimen político.

El general Díaz y su séquito continuaron su marcha hacia la Alameda; y entretanto, Arnulfo Arroyo, el autor del atentado, era conducido a la Inspección General de Policía. ¿Pero quién lo había inducido al crimen? El Inspector mismo iba a decirlo. Desempeñaba ese cargo entonces don Eduardo Velázquez. Joven, inteligente, audaz, ambicioso, intrigante. El autor del atentado hubiera dicho la verdad, toda la verdad. Por eso había que asesinarlo antes de que se le examinara, antes de que se le interrogara. En la noche de ese mismo día se le acribilló a puñaladas y se lanzó la especie de que el pueblo, en el paroxismo de la indignación y de la ira, lo había linchado.

Nadie creyó semejante embuste. Ese embuste sólo sirvió para despertar más sospechas, más inquietudes. El general Díaz, comprendiendo la gravedad del caso, citó a un Consejo de Ministros el día 17 en la noche para tratar tan delicado

asunto. En ese Consejo se pidió la consignación del Inspector Velázquez. Hubo ministros que se opusieron abiertamente a esa consignación, arguyendo que sería mayor el escándalo, y que la República entera se alarmaría ante semejante medida. Entonces el general Mena, Ministro de Comunicaciones, dijo que él dimitiría, expresando los motivos, si no se consignaba al Inspector General de Policía.

La enérgica resolución del general Mena hizo que el Consejo de Ministros resolviera consignar al Inspector Eduardo Velázquez. Al día siguiente se presentó en la casa del Jefe de la Policía, el señor don Octaviano Liceaga, a decirle, en nombre del general Díaz, que le entregara las oficinas de la Inspección. Una vez que don Eduardo Velázquez le hizo formal entrega, el señor Liceaga, le dijo:

—Tengo la misión, igualmente penosa y delicada, de conducirlo a Belén.

—Está bien, contestó Velázquez; pero solamente le suplico que me permita comunicarme por teléfono con el señor Rebolgar, Gobernador del Distrito.

—No, señor; tengo instrucciones de que usted no se comunique con nadie.

Pocos momentos después, el señor Liceaga tomaba un carruaje para conducir a Velázquez a Belén. En el trayecto, el ambicioso ex Inspector le volvió a hacer otra súplica: que le permitiera ir a ver unos instantes al Ministro de Gobernación, don Manuel González Cosío. El señor Liceaga no se lo concedió. Dejó en la cárcel de Belén a don Eduardo Velázquez; y, entretanto, se continuarían haciendo las investigaciones acerca de la sospechosa conducta de ese hombre ambicioso, extraordinariamente ambicioso.

Lo que sí está fuera de toda duda, es que Eduardo Velázquez urdió el atentado. ¿Cuáles fueron los móviles? ¿Cuál fué su objeto. ¿Ambiciones políticas? ¿Congraciarse con el general Díaz? Desempeñó el cargo de Inspector por recomendación del general González Cosío; y unos cuantos meses después le entregó al Presidente de la República un álbum que contenía toda clase de datos, ilustrados con fotografías, acerca de la vida privada de los principales colaboradores del régimen porfirista. El general Díaz no aprobó ese acto, y le regresó el álbum al Jefe de la Policía con un recado atento, pero enérgico a la vez.

SENDERS

La averiguación sobre el llamado linchamiento de Arnulfo Arroyo fué hecha con toda rapidez, con toda clase de detalles. Se llegó a descubrir entonces que **Eduardo Velázquez** mandó comprar en el Volador, con su criado de confianza, Cuéllar, los puñales con que fué asesinado el autor del atentado. Se llegó a comprobar también que ese mismo criado había intervenido en el crimen.

El mismo día 16 de septiembre, en la tarde, se efectuaba una "kermesse" en el Frontón de la calle de Iturbide. Todo México asistía a la fiesta. Allí estaba también Eduardo Velázquez, que se desprendió del grupo de sus amigos para ir a interrogar a varios funcionarios públicos, que también allí se encontraban, para saber la opinión de ellos acerca de la suerte que correría Arnulfo Arroyo. Seguramente quería obtener un apoyo a la determinación, tal vez por él ya decidida. Al volverse a incorporar al grupo de sus amigos, les dijo:

—El señor Berriozábal opina que Arroyo debe desaparecer.

De esa fiesta salió Velázquez para marcharse al Palacio de la Diputación, donde estaban las oficinas de la Policía. Se ur-

dió una manifestación popular para que invadiera el recinto donde estaba detenido Arnulfo Arroyo. Nadie creyó en esa manifestación. Nadie creyó en el linchamiento de Arnulfo Arroyo. Por lo mismo, Eduardo Velázquez estaba perdido. Cuatro o cinco días después de su aprehensión, amaneció muerto en su aposento de la Cárcel de Belén. ¿Se había suicidado? Esa fué la versión que dió el Gobierno. Pero todos los indicios hacen suponer que lo mataron. Se recogieron sus disposiciones testamentarias colocadas cuidadosamente sobre su pecho. La pistola que él usaba, fué encontrada a su lado. Ni ese detalle faltaba en ese cuadro terrible. Era la conclusión del drama. Así como nadie creyó en el linchamiento de Arnulfo Arroyo, nadie tampoco creyó en el suicidio de Eduardo Velázquez, no obstante el nimio cuidado con que se llevó a cabo el siniestro plan. A las nueve y media de la mañana llegó don Pedro Campuzano a la puerta de la sala, y comenzó a tocar ruidosamente. Como nadie contestaba, gritó: "Eduardo, Eduardo, hay que levantarse, el desayuno está listo". Aquellos gritos resonaban siniestramente en los ámbitos de la cárcel.